

Mujeres, monjas, escritoras en las Tradiciones Peruanas de Ricardo Palma

Sara Beatriz Guardia*

Ricardo Palma nació el 7 de febrero de 1833, el mismo año que Andrés Avelino Cáceres, y cuando Ramón Castilla tenía 36 años. Sus vidas forman parte del más intenso e importante período del comienzo de la República. Son los años en los que se evidencia, que la independencia del dominio español no tuvo para los indios repercusión en su situación de exclusión social, económica, política y cultural. Esta dualidad originada por la invasión española, produjo una relación signada por permanentes conflictos que caracterizan las primeras décadas de la naciente república con crisis políticas recurrentes y caudillismo militar. A finales del siglo XIX se intentó modernizar el sistema político con importantes medidas en el plano económico que consolidaron a la oligarquía. Proceso interrumpido trágicamente por la Guerra del Pacífico (1879–1883), calificada por Basadre como la hora más crítica de la historia del Perú.

Son los años de la formación de una nacionalidad todavía incipiente, de las primeras constituciones, de los primeros colegios para mujeres, de la abolición de la esclavitud. Ricardo Palma, no solo ha empezado a publicar poesías y artículos, en 1848 dejó de ser simpatizante de Ramón Castilla, y se afilió al movimiento de la “Bohemia limeña”, que fundó un semanario político de oposición llamado El Diablo. “Palma, en esta labor, utilizará una poderosa arma de combate: la sátira, género literario con el cual se hallaba estrechamente familiarizado¹.

Ya entonces había publicado tradiciones en La Revista de Lima, y en el Correo Peruano. Entre 1858 y 1859, fue redactor de dos importantes periódicos, El Liberal y La Zamacueca Política. Y, el 23 de noviembre de 1860, participó en la conspiración contra el presidente Ramón Castilla liderada por José Gálvez. Poco después, el 20 de diciembre partió a Chile como asilado político.

Gracias a la amnistía promulgada por el presidente San Román, retornó al Perú en octubre de 1862. Ese año ingresó al periódico El Mercurio, dirigido por Manuel Atanasio Fuentes. Y, después en el periódico La Campana cuyo primer número apareció el 26 de mayo de 1867. Es aquí donde publicó los versos satíricos de su libro Congreso Constituyente. Semblanzas por Un Campanero. El nombre del diario se originó a raíz de un Decreto firmado por el Secretario de Gobierno, José María Quimper, que reglamentaba los toques de las campanas de las iglesias.

Varios años después, en 1881, Ricardo Palma fue nombrado Sub-Director de la Biblioteca Nacional, cuya reapertura se produjo el 28 de julio de 1884, al finalizar la Guerra del Pacífico (5 de abril de 1879 – 20 de octubre de 1883); y el 2 de noviembre de ese año, fue nombrado Director de la Biblioteca y Archivo Nacional.

* Escritora. Directora de la Cátedra UNESCO Patrimonio Cultural y Turismo Sostenible de la Universidad de San Martín de Porres. Directora del Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina, CEMHAL. Directora de la Cátedra José Carlos Mariátegui.

¹ Carlos Alberto Pérez Garay. Liberalismo criollo. Ricardo Palma, ideología y política (1833-1919). Lima, 2015, p.91.

Posteriormente, como Ministro residente y Delegado del Perú ante los Congresos Americanistas, Ricardo Palma viajó a España en 1892 para asistir a las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América. Viaje que le deparó la decepción de que varios términos americanos como: “butaca, andino, refranero, rifle, solucionar...”, acreditadas en la tradición oral y en la escrita, no fueron admitidas por la Academia de la Lengua, aunque después el tiempo se encargaría de ingresarlas en el Diccionario de la Lengua Española de la RAE².

Las Tradiciones Peruanas

Raúl Porras Barrenechea señala que Ricardo Palma, con Manuel González Prada y José Santos Chocano, constituyen claves para la modernidad en el Perú. “Sin estos escritores, no es posible comprender de manera plena cómo el Perú se articula con raíces propias y distintivas a la cultura occidental”³.

Pero, ¿de qué tratan las Tradiciones de Ricardo Palma? ¿qué representan estos escritos sobre la colonia y el siglo XVIII que según Ventura García Calderón no son ni historia ni novela?. “Como todas las cosas ingeniosas y volátiles – agrega - no cabe en el casillero de una definición. Además las tradiciones cambian de forma y de carácter con el humor veleidoso del narrador... También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para contar un milagro, después libertina como una facecia de Aretino, luego trágica y en fin pueril con una simplicidad de abuela cotorra que como ha perdido la memoria les cuenta a sus nietos un cuento azul sin saber si es cuento de mocedad o fantasía”⁴.

Mientras que para José Miguel Oviedo, resulta difícil definirla “porque es un arte fragmentarista, hecho de múltiples piezas mínimas cuya combinación puede variar sustancialmente; no hay un tipo único de tradición: aunque Palma es inconfundible, sus maneras son muchas y a veces sorprendentes”⁵.

Escritas entre 1872, 1883 y 1911, y publicadas en seis volúmenes, las Tradiciones construyen la ciudad a través de una obra literaria. Raúl Porras Barrenechea lo dice claramente: “La ciudad —ya lo sabéis— la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma»⁶.

En los Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, José Carlos Mariátegui, señala que las Tradiciones de Ricardo Palma, “tienen política y socialmente, una filiación democrática. Interpreta al medio pelo, se burla risueñamente del prestigio del Virreinato y el de la aristocracia, y traduce el malcontento del criollo”. Y agrega que si la independencia en el Perú hubiese sido obra de la burguesía, la literatura republicana, la obra literaria y poética, habrían

² Eva M^a Valero. El imaginario popular en un clásico americano: las tradiciones peruanas de Ricardo Palma. Universidad de Alicante, p. 1132.

³ Camilo Fernández Cozman. Raúl Porras Barrenechea y la Literatura Peruana. Lima, 1997, p. 68.

⁴ “Don Ricardo Palma!. Del romanticismo al modernismo. París, 1910, p.322.

⁵ Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977. Selección, prólogo y cronología: José Miguel Oviedo, p. XXIII.

⁶ Raúl Porras Barrenechea. Pequeña antología de Lima. El río, el puente y la alameda. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1965, p. 9.

tenido otro tono, otro verbo, otro estilo⁷.

Sin embargo, las Tradiciones, no fueron del agrado de todos. Para Manuel González Prada, eran escritos que correspondían a un tiempo pasado, que no fue el mejor para el Perú. En 1886 en su conferencia pronunciada en el "El Ateneo de Lima", sostuvo que: "Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas. Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado"⁸.

La imagen de la mujer en las Tradiciones

La imagen de la mujer en las Tradiciones, es producto de la visión que tenía Ricardo Palma de la mujer en la sociedad colonial, donde la "belleza física suele ser lo único que la mujer realmente puede llamar suyo, lo que la hace valiosa y codiciable por el hombre, más todavía si la mujer la usa con esa malicia y atrevimiento que se llama en el Perú lisura y que tanto exaltó Palma. Si la heroína es bella, todo parece perdonársele: sus excesos son presentados como algo graciosos "femeninos"⁹ en un contexto social que respondía al fin de una etapa histórica y el comienzo de otra.

La permanente referencia que hace del significado de la educación de las mujeres, contrasta con esta visión. Es necesario destacar que la escritura femenina se inició durante el período colonial entre los siglos XVII y XVIII, circunscrita fundamentalmente a los conventos y conformada por cartas, documentos jurídicos, testimonios, poesía, y una escritura autobiográfica propiciada por los confesores. Literatura devota que se desarrolló a través de oraciones, novenas y ejercicios religiosos; y literatura iluminada llamada así por el recogimiento y éxtasis espiritual de las monjas que escribieron poesía mística, odas, y algunas obras de teatro como: Sor Paula de Jesús Nazareno (1687-1754), Sor Josefa de Azaña y Llano (1696-1748), Sor Melchora de Jesús (1705-1781), Sor Juana de Herrera y Maldonado, Sor Josefa Bravo de Lagunas y Villela, Sor Violante de Cisneros, Sor Jacinta de la Santísima Trinidad, y Sor Josefa de la Providencia. Entre la que sobresale María Manuela Hurtado de Mendoza, quien adoptó el nombre de Sor María Manuela de Santa Ana, conocida por sus cartas, su autobiografía y poemas místicos de gran fervor religioso¹⁰.

No fue difícil que las iluminadas se convirtieran en herejes, como Inés de Velasco, que escribió 54 cuadernos que fueron quemados durante su juicio¹¹; Mariana de Orbegozo y María Juana del Castillo, a quienes se les encontró cuadernos cuyo contenido a juicio de los inquisidores comprendía temas literarios no acordes con el dogma religioso. Y, Doña Isabel de Orbea, escritora denunciada por sus malas lecturas. Incluso, algunas iluminadas convertidas en herejes fueron posteriormente

⁷ José Carlos Mariátegui. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima, 2012, p. 248.

⁸ Manuel González Prada. Páginas libres. Lima, 1966, p. 19.

⁹ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, Oviedo, p. XXXVIII.

¹⁰ Elia Armacanqui Tipacti. Sor María Manuela de Santa Ana: una teresiana peruana. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1999.

¹¹ Ella Dumbbar Temple. "Curso de la literatura femenina a través del período colonial en el Perú". Revista 3, Lima, 1939, p. 31.

admitidas por la Iglesia como Luisa Melgarejo, acusada por la Inquisición en el siglo XVIII, y posteriormente santificada por sus visiones místicas.

Los únicos textos conocidos que no pertenecen a esta literatura conventual son anónimos: "Discurso en Loor de la Poesía", atribuido a una dama que residía en Lima llamada Clarinda de la que no se tienen mayores datos, y que fue publicado en El Parnaso Antártico de Diego Mexía de Fernangil (Sevilla, 1608). Posteriormente, en 1621, en La Filomena, de Lope de Vega, figura la carta poética "Epístola de Amarilis a Belardo" dirigida desde el Perú por "Amarilis", seudónimo que al parecer pertenecía a doña María de Rojas y Garay¹².

Alcanzada la independencia de España en 1821, la repercusión de las ideas de libertad e igualdad coadyuvaron a la constitución de un estado de preocupación y revaloración del papel de la educación femenina. Ese hecho y la influencia de los cambios que se sucedían en el país y en el mundo posibilitaron que en la década de 1870 surgiera en el Perú una singular presencia femenina en la literatura, revistas dirigidas y escritas por mujeres, y la conformación de clubes literarios donde se debatían los problemas de la época.

En ese contexto, surgieron importantes escritoras como Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner. Ambas novelistas, se enfrentaron a la sociedad conservadora de entonces. Además, corresponde a este período el surgimiento del semanario literario El Álbum (1874-1875), la primera revista dirigida por mujeres, donde Ricardo Palma figura como un importante colaborador.

"Sus contribuciones fueron poesías que después publicó en su poemario Verbos y gerundios (1877), y sus tradiciones: "Sobre unos amores que tuvo el diablo cuando fue cigarrero en Huacho" (No 3, pp. 17-18), Tras la tragedia el sainete. Reminiscencia tradicional (No 5, pp. 33- 34), "Una vida por una honra. Crónica de la época del virrey Marqués de Mancera (No 8, pp. 58-59). El resucitado. Crónica de la época del virrey Guirior (No 9, pp. 66- 67). Pancho Sales, el verdugo. Crónica de la época del virrey Baylio Gil y Lemos (No 10, pp. 74-75). El virrey de los milagros. Crónica de la época del Conde de Monterrey (No 11, pp. 82-83), y "La emplazada". Crónica de la época del virrey arzobispo (No 16, pp. 123-124)"¹³.

No es pues casual que haya dedicado sus tradiciones: El Manchay-Puito, a Mercedes Cabello de Carbonera, y El Clarin de Canterac, a Lastenia Larriva de Llona. Es precisamente en este período, que Ricardo Palma mantuvo una importante correspondencia "con las escritoras Juana Manuela Gorriti, Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera, Eduarda Mansilla y Teresa González de Fanning, con quienes logró compartir diversos asuntos relacionados al ámbito literario, el escenario político, la esfera privada, entre otros temas"¹⁴.

¹² Guillermo Lohmann Villena. Amarilis Indiana. Identificación y Semblanza. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993, p. 7.

¹³ César Salas Guerrero. Colaboradores y Corresponsales del Semanario Literario El Álbum (1874-1875), BIRA 35, p. 129.

¹⁴ Graciela Ada Batticuore. La vida en las cartas: Ricardo Palma entre escritoras. Lima: AULA PALMA XV, 2016, p.

Tradiciones. Cómo se describe a las mujeres

En la primera tradición, Don Dimas de la Tijereta, que cuenta el amor que sentía el escribano de Lima por una joven llamada Visitación, Ricardo Palma la describe así:

“gentil muchacha de veinte primaveras, con un palmito y un donaire y un aquel capaces de tentar al mismísimo general de los padres beletmitas, una cintura pulida y remonona de esas de mírame y no me toques, labios colorados como guindas, dientes como almendrucos, ojos como dos luceros y más matadores que espada y basto en el juego de tresillo o rocambor. ¡Cuando yo digo que la moza era un pimpollo a carta cabal!”¹⁵

También, en Dos millones, al relatar el intenso amor que sintió Robertson, un marino escocés dueño de un gran porvenir hasta que se enamoró de una viuda de un rico español, Palma escribe:

“Teresa Méndez era en 1826 una preciosa joven de veintiún años, de ojos grandes, negros, decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire, todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas” (...) “una de aquellas mujeres que nacieron para ejercer autocrático despotismo sobre los que las rodean; en una palabra, pertenecía al número de aquellos seres sin corazón que Dios echó al mundo para infierno y condenación de hombres”¹⁶.

Mientras que en El Encapuchado, Palma escribe que en el mes de noviembre de 1651 nadie se atrevía a salir después del toque de queda porque aparecía un fantasma. Para comprender su historia se remite a don Gutierre de Ursán, un rico comerciante asturiano se había casado con una joven de veinte años, llamada Consuelo,

“una limeñita de talle ministerial por lo flexible, de ojos de médico por lo matadores y de boca de Periodista por el aplomo y gracia en el mentir. En cuanto a carácter, tenía más veleidades, caprichos y engreimientos que alcalde de municipio, y sus cuentas conyugales andaban siempre más enredadas que hogaño las finanzas de la república”¹⁷.

Pero cuando el marido tuvo que viajar a España para recibir una importante herencia dejó a su esposa en la casa de su hermano para que cuidase de ella. Pronto, se enamoraron y como dijo San Agustín, «Día llegará en que los hombres tengan que treparse a los árboles huyendo de las mujeres»¹⁸.

En, La Emplazada, en 1688 Doña Verónica Aristizábal, se había quedado viuda con dos hijos pequeños. Era , “lo que en toda tierra de herejes y cristianos se llama una buena moza. Jamón mejor conservado, ni en Westfalia”. Cuando pasó el luto partió a una de sus haciendas donde entre los esclavos había un guapo mulato de 24 años, llamado Pantaleón.

¹⁵ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 4.

¹⁶ Ibidem, p. 20.

¹⁷ Ibidem, p. 64.

¹⁸ Ibidem, p. 64.

Verónica era mujer, y con eso está dicho que su imaginación debía dar mayores proporciones al contraste. !..., hicieron que a la condesa le clavara el pícaro de Cupido un acerado dardo en mitad del corazón. Y como cuando el diablo no tiene que hacer, mata moscas con el rabo, y en levas de amor no hay tallas, sucedió... lo que ustedes sin ser brujos ya habrán adivinado¹⁹.

Un año después, llegó Gertrudis, una esclava de 15 años que pronto "despertó en el capellán y el médico todo el apetito que inspira una golosina". Lo que desató los celos, y fue entonces que todos se percataron que entre Pantaleón y Gertrudis existían encuentros secretos. Verónica atormentada interrogó a Gertrudis y después se enfrentó a Pantaleón que también guardó silencio, ante lo cual mandó que lo flagelasen hasta dejarlo exánime y después lo mató. Por antes de morir Pantaleón, alzando la voz dijo: ¡Hazlo, Verónica, y dentro de un año, tal un día como hoy, a las cinco de la tarde, te cito ante el tribunal de Dios!". Y, así fue, varios meses murió gritando, -¡Son las cinco! ¡Pantaleón! ¡Pantaleón!²⁰.

En Rudamente, Pulidamente, Mañosamente, Ricardo Palma pone al lector frente a una "hembra del coco, de rechupete y tilín".

"Leonorcica Michel era lo que hoy llamaríamos una limeña de rompe y rasga, lo que en los tiempos del virrey Amat se conocía por una mocita de tecum y de las que amarran la liga encima de la rodilla". Tenía 27 años "con más mundo que el que descubrió Colón, color sonrosado, ojos de más preguntas y respuestas que el catecismo, nariz de escribano por lo picaresca, labios retozones, y una tabla de pecho como para asirse de ella un náufrago, tal era en compendio la muchacha. Añádanse a estas perfecciones brevísimo pie, torneada pantorrilla, cintura estrecha, aire de taco y sandunguero, de esos que hacen estremecer hasta a los muertos del campo santo. La moza, en fin, no era boccato di cardenale, sino boccato de concilio ecuménico²¹.

Estaba casada con un pulpero español, "más bruto que el que asó a la manteca, y a la vez más manso que todos los carneros juntos de la cristiandad y morería", que cuando la sorprendía en juegos nada santos, le repetía que no le gustaba que vinieran a su casa. Tampoco reaccionó cuando Leonorcica escogió como amante a un alférez del regimiento de Cordoba, porque quizá pensó que no era necesario perderse "por perrerías de una mala pécora; que de hembras está más que poblado este pícaro mundo, y que, como dijo no sé quién, las mujeres son como las ranas, que por una que zabelle salen cuatro a flor de agua"²².

Los azulejos de San Francisco. Alonso Godínez, natural de Guadalajara en España, fue condenado a muerte por haber asesinado a Marta Villoslada. Antes de ser ejecutado en la mañana de 1619 se lamentaba:

"¡Reniego de las mujeres y de los petardos que dan! La mejorcita corta un pelo en el aire. ¡Mal haya el bruto que se pirra por ellas! Yo lo digo, y firma el rey.

No hable el señor Gil Menchaca contra las faldas, que mal con ellas y peor sin

¹⁹ Ibidem, p. 85.

²⁰ Ibidem, p. 89

²¹ Ibidem, p. 114

²² Ibidem, p. 115

ellas, ni chato ni narigón; y vuesa merced con toda su farándula es el primero en relamerse cuando tropieza con un palmito como el tufo -dijo terciando en el diálogo una graciosa tapada, más mirada y remirada que estampa de devocionario²³.

Pero cuando se supo que Alonso Godínez era experto en obras de alfarería, el virrey lo indultó para que trabaje millares de azulejos con imágenes de santos que había donado la cacica doña Catalina Huanca. Vistió hábito de monje, nunca salió del convento, y murió en olor de santidad.

En los años de 1731, cuenta la tradición La trenza de sus cabellos, se paseaba por las calles de Lima, Mariquita Martínez, que Palma describe así:

“Puente arriba y Puente abajo, con albísimo traje de zaraza, pañuelo de tul blanco, zapatito de cuatro puntos y medio, dengue de resucitar difuntos y la cabeza cubierta de jazmines. Los rayos de la luna prestaban a la belleza de la joven un no sé qué de fantástico²⁴

A Mariquita le gustaba lucir sus dos hermosas trenzas, pero una noche que paseaba feliz, de improviso un hombre con una afilada navaja se las cortó. Mariquita lloró mucho, y no soportando que la llamaran “Mariquita la pelona”, entró al convento.

Sabio como Chavarria. Las Pantojas eran tres hermanas que en “cuanto a belleza no eran de ¡Jesús! ni de ¡Caramba!; lo que, en buen romance, quiere decir que ni asustaban como el coco, ni embelesaban como Venus”. Eran muy conversadoras, y siempre estaban muy bien arregladas, “limpias como el agua de Dios, hacendosas como las hormigas, trabajadoras como una colmena, llanas como camino real o sin encrucijada, y cristianas rancias y cuidadosas de la salud del alma²⁵.

En esta tradición, Palma cuenta que las personas “con apariencia decente”, solían reunirse a tomar un refresco en establecimientos destinados para el juego de pelota y bochas. Pero que dejaron de asistir cuando estos lugares se democratizaron, hasta que en 1773, un italiano o francés, llamado Francisquín, “estableció en la calle de la Merced un café (el primero que tuvimos en Lima) que podía hacer competencia al mejorcito de Madrid. Cuatro años después, un español, don Francisco Serio, fundó el famoso café de Bodegones que hasta hace poco disfrutó de gran nombradía²⁶.

“Doña Catalina de Chávez era la viudita más apetitosa de Chuquisaca”, nos cuenta Palma en la tradición Dos palomitas sin hiel. “Rubia como un caramelo, con una boquita de guinda y unos ojos que más que ojos eran alguaciles que cautivaban al prójimo. Suma y sigue. Veintidós años muy frescos, y un fortunón en casas y haciendas de pan llevar²⁷.

Aunque Catalina tenía dislocada una pierna era una de las reinas de la moda. La

²³ *Ibidem*, p. 155

²⁴ *Ibidem*, p. 164

²⁵ *Ibidem*, p. 173

²⁶ *Ibidem*, p. 175

²⁷ Ricardo Palma. *Tradiciones peruanas*. Madrid, 1966-1967. 6 vols.

otra, era doña Francisca Marmolejo, esposa de D. Pedro de Andrade, caballero del hábito de Santiago y la familia de los condes de Lemos, que un día se enteró que su esposo era uno de los galanes que cortejaba a la viuda.

El jueves santo de 1616, ambas se encontraron en la iglesia. Francisca fue la primera en atacar, cuando levantando la voz dijo: "No pueden negar las catiris (rubias) que descienden de Judas, y por eso son tan traicioneras", a lo que doña Catalina contestó: "Ni las cholas que penden de los sayones judíos, y por eso tienen la cara tan ahumada como el alma".

En No juegues con pólvora, Ricardo Palma escribe que Carmencita Domínguez, era en 1619, una "Hembra de filimiquichupisti y de una boquita de beso comprimido No la había más gallarda en Arequipa, que es tierra de buenas mozas"²⁸.

Entre sus admiradores estaba un joven andaluz llamado Pacorro, que pronto le declaró amor. La joven respondió que debía consultar con su confesor, fray Tiburcio, pero éste le aconsejó esperar un mejor galán. Poco después el fraile recibió un golpe, y no tuvo que pensar mucho para saber de donde venía.

Juana La Marimacho

"Con Juana Breña hizo la naturaleza idéntica mozonada que con la monja alférez doña Catalina de Erauzo. Equivocó el sexo. Bajo las redondas y vigorosas formas de la gallarda mulata, escondió las más varoniles inclinaciones. Las mujeres, cuya sociedad esquivaba, la bautizaron (no sin razón) con el apodo de la Marimacho"²⁹.

Jugaba a los dados como nadie, utilizaba el puñal para defenderse, y era diestra esgrimidora. Incluso había estado en la cárcel por pendenciera, y participó en la corrida de toros en recepción del virrey Pezuela montada a caballo y ejecutando vueltas y piruetas. Esa tarde recibió la cornada de un toro, y después se retiró convirtiéndose en carnicera, y ocupó hasta después de 1840 "una mesa en la plaza del Mercado, en la que hoy es plaza de Bolívar".

En la tradición, Las brujas de Ica, Ricardo Palma señala que en Ica había varias brujas. Mama Justa diestra en preparar filtros amorosos. Manonga Lévano que ejercía el oficio de comadrona, y que para atender a una parturienta, le colocaba sobre la cabeza un ancho sombrero de paja, que decía que había pertenecido "al arzobispo Perlempimpim, y antes de cinco minutos venía al mundo un retoño"³⁰.

Otra bruja, Ña Dominguita la del Socorro, era una anciana, encorvada por los años, y que usaba un turbante en la cabeza. "La víspera de la batalla de Saraja no sólo pronosticó el éxito, que para eso no necesitaba ser bruja, sino que designó por sus nombres a los iqueños que habían de morir en ella"³¹. Pero la más famosa bruja, era Melchorita Zugaray, hechicera de Cachiche:

²⁸ Ob. Cit. Ricardo Palma. Tradiciones peruanas completas. Madrid, 1968.

²⁹ Biblioteca Virtual Universal Las tradiciones de Ricardo Palma
<http://www.cervantesvirtual.com/>

³⁰ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 292.

³¹ Ibidem, p. 293

“El que venía a consultarse con Melchora sobre alguna enfermedad, era conducido al laboratorio, donde después de ciertas ceremonias cabalísticas, lo colocaba la bruja frente al cuadro luminoso y lo interrogaba mañosamente sobre su vida y costumbres, sin descuidar todo lo relativo a amigos y enemigos del paciente. Cortábale en seguida un trozo del vestido o un mechón de pelo, citándolo para el siguiente día a fin de sacar el muñeco”³².

En De cómo desbanque a un rival, Palma utiliza su ingenio para presentarnos a un galán muy enamorada de la “muchacha más linda que el arco iris”, a quién amó tanto que después de 25 años todavía su recuerdo despertaba en él una profunda emoción. “morenita sonrosada como la Magdalena: cutis de raso liso; ojos negros y misteriosos como la tentación y el caos; una boquita más roja y agridulce que la guinda”. Sin embargo, la “chica se llamaba... se llamaba... ¡Vaya una memoria flaca la mía! Después de haberla querido tanto, salgo ahora con que ni del santo de su nombre me acuerdo”³³

Cuenta con detalles de la educación que había recibido su amada, que era casi perfecta. Pero tenía un poderoso rival, “Michito, un gato color de azabache, que ella después de perfumarlo con esencias, lo adornaba con “un collarcito de terciopelo con tres cascabeles de oro, y tenía siempre sobre sus rodillas”³⁴. Cansado de un rival que le inspiraba celos y fastidio, recurrió a una bruja para destronar al gato. Poco después ésta le advirtió a la joven: “si ama usted á este caballero despréndase de ese animal maldito”. Lo que su amada hizo inmediatamente.

La Perricholi

Ricardo Palma escribió dos veces sobre La Perricholi. Pues bonita soy yo, La Castellanos!, en la primera serie; y Genialidades de la Perricholi, en la segunda. En la primera, nos dice que Mica Villegas, “era una actriz del teatro de Lima, quebradero de cabeza del excelentísimo señor virrey de estos reinos del Perú” quien “por su corrección en eso de pronunciar la lengua de Castilla, apostrofaba en los ratos de enojo llamándola Perricholi”³⁵.

Era una “hembra de escasísima belleza. Parece que el señor virrey no fue hombre de paladar muy delicado”. En cambio, la otra actriz, sí que era bella, “lo que se llama una real moza, bocado de arzobispo y golosina de oidor”, que ganó la admiración de la aristocracia y del pueblo. Siempre que la gente le recordaba a Mica Villegas solía exclamar: «¡Pues no faltaba más! ¡Bonita soy yo, la Castellanos!»³⁶, hasta que el dicho se convirtió en un refrán popular.

En Genialidades de la Perricholi, relata que era hija de padres pobres, y que nació en Huánuco en los años 1739. De niña su madre la trajo a Lima donde no recibió ninguna educación. Pero estaba dotada de una gran memoria que le permitía recitar romances y escenas cómicas. Además, tocaba el arpa y cantaba al compás de la

³² *Ibidem*, p. 294

³³ *Ibidem*, p. 402.

³⁴ *Ibidem*, p. 403.

³⁵ *Ibidem*, p. 14.

³⁶ *Ibidem*, p. 16.

guitarra canciones de moda. Palma, señala nuevamente que la Perricholi no fue una belleza. Era de cuerpo pequeño y algo grueso,

“su rostro oval y de un moreno pálido lucía no pocas cacarañas u hoyitos de viruelas, que ella disimulaba diestramente con los primores del tocador; sus ojos eran pequeños, negros como el chorolque y animadísimos; profusa su cabellera, y sus pies y manos microscópicos; su nariz nada tenía de bien formada, pues era de las que los criollos llamamos ñatas; un lunarcito sobre el labio superior hacía irresistible su boca, que era un poco abultada, en la que ostentaba dientes menudos y con el brillo y limpieza del marfil”³⁷

Hacia poco que el virrey Amat había llegado a Lima cuando en 1762 conoció en el teatro a la Villegas, el “sexagenario virrey, que por sus canas se creía ya asegurado de incendios amorosos, cayó de hinojos ante las plantas de la huanuqueña, haciendo por ella durante catorce años más calaveradas que un mozalbete”. Se lucía en público con ella, la recibía en el palacio, y en las tardes de los domingos paseaban juntos en la dorada carroza de los virreyes.

Una noche que Mica Villegas representaba una comedia de Calderón de la Barca, el actor que desempeñaba el papel de galán, le murmuró en voz baja: “¡Más alma, mujer, más alma! Eso lo declamaría mejor la Inés”. Furiosa, le dio un latigazo en el rostro ante la indignación del público que reclamaba a gritos que la apresen. Furioso, Amat se dirigió a su casa y le dijo que ante el escándalo que había producido, todo había concluido entre ellos. ¡Adiós, Perri-choli!, dijo y regresó a palacio. En realidad, escribe Palma, quiso decirle, perra chola, pero con el marcado acento catalán se convirtió en perri-choli.

Pasaron muchos meses sin que Amat la visitara, hasta que se reconciliaron el 17 de septiembre de 1775. Poco después, la Perricholi se volvió a presentar en el teatro. Un año después, Amat regresó a España donde a la edad de 80 años contrajo matrimonio con una de sus sobrinas, mientras que la Perricholi se retiró para siempre del teatro, y “vistiendo el hábito de las carmelitas hizo olvidar, con la austeridad de su vida y costumbres, los escándalos de su juventud”.

Catalina Huanca

En cambio, en Los tesoros de Catalina Huanca, (cuarta serie) describe con admiración a esta mujer “de gran devoción y caridad”. Poseía una inmensa riqueza que donó en miles de azulejos y maderas a la iglesia de San Francisco. Y, conjuntamente con el arzobispo Loayza y el obispo de la Plata fray Domingo de Santo Tomás, edificó el convento de Santa Ana, donde en una sala está su retrato.

Así mismo, creó una fundación cuyo producto debía emplearse en pagar parte “de la contribución correspondiente a los indígenas de San Jerónimo, Mito, Orcotuna, Concepción, Cincos, Chupaca y Sicaya, pueblecitos inmediatos a la capital del cacicazgo”³⁸. Durante cuatro meses al año doña Catalina residía en su casa de San Jerónimo, y después “regresaba a Lima en una litera de plata y escoltada por

³⁷ Ob. Cit. Ricardo Palma. Tradiciones peruanas. Madrid, 1966-1967.

³⁸ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 223.

trescientos indios". Cuando murió a los 90 años, "fue llorada por grandes y pequeños".

Santa Rosa

En la séptima serie, Ricardo Palma le dedicó El rosal de Rosa, a su hija Augusta. Aquí nos habla del jardín de la casa de don Gaspar Flores, y que en ese siglo en Lima el clavel era la flor de lujo. "Las rosas no crecían en el Perú; pues según dice Garcilaso en sus Comentarios Reales, los jazmines, mosquetas, clavelinas, azucenas y rosas, no eran conocidas antes de la conquista"³⁹.

Cuando en 1668 le presentaron al Papa Clemente IX el expediente para la beatificación de Rosa, expresó cierta desconfianza, y murmuró: "¿Santa? ¿Y limeña? ¡Hum, hum! Tanto daría una lluvia de rosas". Y de pronto perfumadas hojas de rosa cayeron sobre la mesa de Su Santidad. Tal fue su entusiasmo que en dos años expidió, además de su beatificación el 12 de febrero de 1669, otros seis en su honor.

"El último fue nombrándola patrona de Lima y del Perú, y reformando la constitución de Urbano VIII para acelerar los trámites de canonización, la que realizó su sucesor, Clemente X, en 1671, junto con la de San Francisco de Borja, duque de Gandía y general de los jesuitas. Santa Rosa fue canonizada a los cincuenta y cuatro años de su fallecimiento"⁴⁰.

La saya y el manto

En la última serie, Ricardo Palma escribe sobre La tradición de la Saya y el Manto. Indumentaria que brotó "en Lima tan espontáneamente como los hongos en un jardín. (...) y me atrevo a afirmar que la saya y manto nació en 1560". Palma se refiere a la prohibición que decretó el 11 de abril de 1601 el arzobispo Toribio de Mogrovejo, olvidando que en 1590, Teresa de Castro, esposa del virrey don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fue una de las primeras en vestir saya y manto.

Probablemente el intento de prohibición se debía a que según Palma, "las tapadas, en España y en todas las capitales de virreinato americano, la mantilla y el rebocillo eran los encubridores del coqueteo. Para la tapada limeña lo fue el manto negro de sarga o de borloncillo, no del todo desprovisto de gracia. La llamada saya de tiritas era una curiosa extravagancia"⁴¹.

Con la Independencia los cambios también alcanzaron a la saya. Las jóvenes crearon la gamarrina, que después se convirtió en la orbegosina. En 1835 cuando el general Salaverry encabezó la revolución contra el presidente Orbegoso, "nació la salaverrina, de falda suelta y airosa, que permitía libertad de movimientos. Después de 1850 la relativa holgura social producida por los millones de la Consolidación dio incremento al comercio francés y a las modas de París"⁴².

³⁹ Ibidem, p. 301.

⁴⁰ Ibidem, p. 302.

⁴¹ Ibidem, p. 430.

⁴² Ibidem, p. 431.

La educación de las mujeres

En varias tradiciones, Ricardo Palma se refiere a la educación de las mujeres, en Mujer y tigre, relata que la señorita de ***, era en los años de 1601, “un fresco y codiciable pimpollo de diez y seis primaveras tal como lo sueña un libertino para curarse de la dispepsia. Su padre, que tenía una gran fortuna murió dejando a su heredera, doña Sebastiana bajo la tutela de D. Blas Medina, asturiano severo y con más penacho que el mismo D. Pelayo”⁴³

Aquí Palma hace un interesante comentario sobre el matrimonio y la educación de las mujeres, al destacar que el tutor resolvió no permitir que la joven conozca a ningún hombre a fin de “guardar a la niña como tesoro en arca de avaro”.

“La educación de la mujer de calidad, se reducía a leer lo bastante para imponerse de la vida del santo del día, escribir no muy de corrido lo suficiente para hacer el apunte del lavado, y tocar el arpa, con más o menos primor, lo preciso para lucir su habilidad en una misa de aguinaldo. Esto, un mucho de repetir de coro trisagios y novenas, un poco de condimentar dulces y ensaladas y un nada de trato de gentes, y pare usted de contar, fue la educación de la millonaria y bella damisela”⁴⁴

En El divorcio de la condesita (quinta serie), vuelve a referirse a la educación de las mujeres en los mismos términos:

“La educación que se daba a las niñas era por demás extravagante. Un poco de costura, un algo de lavado, un mucho de cocina y un nada de trato de gentes. Tal cual viejo, amigo íntimo de los padres, y el reverendo confesor de la familia, eran los únicos varones a quienes las chicas veían con frecuencia. A muchas no se las enseñaba a leer para que no aprendiesen en libros prohibidos cosas pecaminosas, y a la que alcanzaba a decorar el Año Cristiano no se lo permitía hacer sobre el papel patitas de mosca o garrapatos anárquicos por miedo de que, a la larga, se cartease con el percunchante”⁴⁵.

Así mismo, en Las poetisas anónimas, se refiere a la epístola que con el seudónimo de Amarilis dirigió a Lope de Vega en 1620, una dama huanuqueña. Menciona también a la limeña Clarinda, que según Cervantes escribió poesía, lo cual para Palma se trata de otra mistificación.

“La educación de la mujer, en el siglo XVII, era tan desatendida que ni en la capital del virreinato abundaban las damas que hubiesen aprendido á leer correctamente; y aun á éstas no se las consentía más lectura que la de libros devotos, autorizados por el gobierno eclesiástico y por la Inquisición, enemiga acérrima de que la mujer adquiriese una ilustración que se consideraba como ajena á su sexo”⁴⁶

“La mujer sabia no fue hija del siglo XVII, en América, como tampoco lo fué la

⁴³ Ricardo Palma. Tradiciones Peruanas. Lima. Imprenta Torres Aguirre S.A, 1951, pp. 18-23.

⁴⁴ Ibidem, p. 20.

⁴⁵ Ob. Cit. Ricardo Palma. Tradiciones peruanas completas. Madrid, 1968. Sexta Edición.

⁴⁶ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 390.

mujer librepensadora ó racionalista. Para la mujer, en el Perú, no había siquiera un colegio de instrucción media, sino humildísimas escuelas en las que se enseñaba á las niñas algo de lectura, poco de escritura, lo suficiente para hacer el apunte del lavado, las cuatro reglas aritméticas, el catecismo cristiano, y mucho de costura, bordado y demás labores de aguja. Hasta después de 1830 no hubo escuela en la que adquiriesen las niñas nociones de Geografía é Historia”⁴⁷.

No se diría sino que en el siglo XVII, en que la educación de la mujer estuvo descuidadísima, porque tal era la condición sociológica de nuestros pueblos todos, tuvimos, en América, epidemia de poetisas anónimas. Húbolas entre nosotros, en Bogotá, y en Quito y en fin, las poetisas anónimas brotaban espontáneamente, como los hongos. Y lo curioso, y que hasta reglamentario parece, es que toda poetisa anónima, después de dar á luz una composición magistral, rompía la pluma y se daba por difunta, como diciendo á la posteridad: para muestra de mi quincallería intelectual y poética, te dejo un solo botón⁴⁸.

Monjas, santas y monasterios

El factor religioso, los confesores, los conventos, y las monjas, están presentes en varias tradiciones de Ricardo Palma. Con frecuencia las mujeres que ingresan a los conventos lo hacen motivadas por engaños amorosos o para escapar de la autoridad paternas. En La monja de la llave (segunda serie), aparece doña Doña Violante de Rivera,

“una linda limeña de ojos más negros que una mala intención, tez aterciopelada, riza y poblada cabellera, talle de sílfide, mano infantil y el pie más mono que han calzado zapaticos de raso. Contaba entonces veinticuatro abriles muy floridos; y a tal edad, muchacha de buen palmito y sin noviazgo o quebradero de cabeza, es punto menos que imposible⁴⁹.

Violante se enamoró del capitán de escopeteros Rui Díaz de Santillana, que murió una noche en los brazos de la joven. Días después, Violante tomó el velo de novicia en la Encarnación. Nada hizo cambiar la profunda melancolía de la monja, que llevaba siempre una llavecita de oro que pendía de una cadena de plata que llevaba al cuello y que suscitaba una serie de comentarios porque, aunque monjas, “no habían dejado de ser mujeres y curiosas y perdían su latín por adivinar tanto el motivo de la pena como el misterio que para ellas debía significar la cadenilla”⁵⁰.

Esquive vivir en Quive era un refrán popular, cuya historia empieza en 1597 cuando habitaba en Quive don Gaspar Flores, administrador de una mina que producía metales de plata. Lo acompañaba su esposa María Oliva, “y una niña de once años, hija de ambos, llamada Isabel, predestinada por Dios para orgullo y ornamento de la América, que la venera en los altares bajo el nombre de Santa Rosa de Lima”⁵¹.

⁴⁷ Ibidem, p. 392.

⁴⁸ Ibidem, p. 395.

⁴⁹ Ibidem, p. 51.

⁵⁰ Ibidem, p. 55.

⁵¹ Ibidem, p. 148.

En ese período cobra particular importancia La Llorona del Viernes Santo. Mujeres que tenían como oficio llorar durante las procesiones religiosas. Se trata, escribe Ricardo Palma de,

“una asociación de mujeres todas garabateadas de arrugas y más pilongas que piojo de pobre, cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. (...) Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea como un chisme y con respuntes de bruja y rufiana. En España dábanlas el nombre de plañideras; pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de doloridas o lloronas”⁵².

A pesar de que el gobierno intentó prohibir esta práctica cuando el 31 de agosto de 1786, promulgo un bando señalando que la presencia de las lloronas o plañideras, opuesto a las máximas de la religión, estaba proscrito y abolido, nadie le hizo caso. Incluso había plañideras que solo se dignaban a asistir al entierro de nobles, virreyes y obispos.

En 1807, en la procesión del Viernes Santo, entre la multitud iba una mujer, sucia, desgredada, dando alaridos y lanzando maldiciones a Judas, a Caifás, y a Pilatos. El arzobispo Bartolomé María de las Heras, detuvo la procesión y ordenó que se retirase esa mujer. Pero el pueblo se arremolinó para impedirlo, por lo que arzobispo aceptó que la procesión siguiese su curso. Pero al año siguiente prohibió “con toda entereza a los mercenarios semejante profanación”⁵³.

Otro asunto que concitaba el interés de la sociedad limeña de entonces era lo que ocurría en los conventos. En Una elección de Abadesa, Ricardo Palma se refiere a la elección de abadesa del monasterio de Santa Clara. Disputaban el cargo, Sor Antonia María de los Llanos y Sor Leonor de Omontes, abadesa que aspiraba a la reelección. El 11 de enero, día de las elecciones se reunió el Cabildo eclesiástico y por cinco votos contra tres se determinó que la madre Leonor no podía ser reelegida. Ésta apeló a la Real Audiencia, al virrey y a los oidores, y después de una larga controversia se dispuso que la elección se realizase el 12 de febrero.

El día señalado por el jurado salió elegida la madre Leonor con ochenta y un votos y la madre Antonia, con setenta y uno. Pero, el provisor, que esperaba la victoria de la madre Antonia, anuló la elección y nombro presidenta a la madre Urrutia. Pronto el virrey le ordenó que si en ocho horas no nombraba a la madre Omontes como abadesa, lo enviarían a España.

“Nada de paños tibios ni emolientes. Al grano, que en este caso es el bolsillo, allí, donde duela, pensó su excelencia el virrey, y pensó bien; porque, a las cuatro de la tarde del 15 de febrero, los canónigos todos, más suavécitos que guante de ámbar, hicieron reconocer por abadesa de Santa Clara a la madre Leonor Omontes”⁵⁴.

En Historia de una excomuni3n, Ricardo Palma destaca el autoritarismo de algunos sacerdotes, así como el poder del dinero a través de un relato que se inicia

⁵² Ibidem, p. 181.

⁵³ Ibidem, p. 185.

⁵⁴ Ibidem, p. 337.

el 4 de Junio de 1747, entró a la Catedral doña Antonia Peñaranda, esposa del abogado don Pedro Echevarría.

“Era doña Antonia señora de muchas campanillas, persona todavía apetitosa, que gastaba humos aristocráticos y tenida por acaudalada, como que era de las pocas que vestían á la moda de Lima, de donde la venían todas sus prendas de habillamiento y adorno. Acompañábala su hija Rosa, niña de nueve años, la cual lucía trajecito dominguero con cauda color de canario acongojado”⁵⁵.

Apenas había empezado la misa cuando el señor Arcediano grito: “¡Fuera esas mujeres que tienen la desvergüenza de venir con traje profano á la casa de Dios!” Doña Antonia le respondió que no sabía que el mandato era también para su pequeña hija y que no había tenido tiempo de hacerle saya nueva. Pero en vez de calmarse, el señor Arcediano siguió gritando.

“Dios concedió a la mujer cuatro armas, a cual más tremenda: la lengua, las uñas, las lágrimas y la pataleta. Doña Antonia, tomó de la mano a su hija y mientras se encaminaba a la puerta, dijo en voz alta.

— Vamos, niña, que no está bien que sigamos oyendo las insolencias de este zambo, borrico y majadero.

-¿.Zambo dijiste? ¡Santo Cristo de los temblores! ¿Y también borrico? ¡Válgame los doce pares de orejas de los doce apóstoles !”⁵⁶

El día siguiente en la puerta de la Catedral un cartel anunciaba que Antonia Peñaranda había sido excomulgada por los insultos proferidos al señor Arcediano. Regidores del Cabildo, el superior de los jesuitas, el comendador de la Merced y varias señoras del Cusco, solicitaron se levantase la censura. Pero el “Provisor, poniendo cara de Padre Eterno melancólico, contestaba que por su parte no habría inconveniente, siempre que la excomulgada se aviniese a pagar multa de doscientos pesos”. Cumplido el requisito, el 8 de Junio se retiró el cartel de excomunión, “y el Provisor declaró absuelta e incorporada al seno de la Iglesia á la aristocrática dama que no tuvo pepita en la lengua para llamar zambo, y borrico, y majadero, a todo un ministro del altar”⁵⁷.

Virreina del Perú

En ¡Beba, Padre: que le da la vida!, Ricardo Palma se refiere al gobierno de una mujer y la forma ingeniosa que empleó para descubrir si un hombre era sacerdote. Doña Ana de Borja, condesa de Lemos, se convirtió en virreina del Perú a la muerte de su marido tal como estaba previsto en la real cédula. Presidio la Audiencia y su gobierno duró desde junio de 1668 hasta abril del año siguiente. Pese al resquemor y desconfianza, doña Ana gobernó bien,

“Así como suena, y mal que nos pese a los peruleros, hemos sido durante diez meses gobernados por una mujer... y francamente que con ella no nos fue del todo mal, el pandero estuvo en manos quienes lo sabían hacer sonar”⁵⁸.

⁵⁵ Ibidem, p. 365.

⁵⁶ Ibidem, p. 365.

⁵⁷ Ibidem, p. 366.

⁵⁸ Ibidem, p. 80

En 1668 llegó al Callao un fraile portugués de la orden de San Jerónimo, que se llamaba, padre Núñez. Poco después, la virreina recibió un anónimo que le advertía que se trataba de un espía de Portugal. Esa misma noche la virreina lo invitó a cenar en palacio. El padre Núñez devoró la comida, había pasado una prueba, pero le faltaba otra, la decisiva.

“El fraile tomó con ambas manos el pesado cántaro de Guadalajara, lo alzó casi a la altura de la cabeza, recostó ésta en el respaldo de la silla, echose a la cara el porrón y empezó a despacharse a su gusto.

La virreina, viendo que aquella sed era como la de un arenal y muy frailuno el modo de apaciguarla, le dijo sonriendo:

-¡Beba, padre beba, que le da la vida!”

¡Ahora digan ustedes si no fue mucho hombre la mujer que gobernó el Perú”⁵⁹

Doña Francisca Zubiaga

Con el título de Seis por seis son treinta y seis, Ricardo Palma escribe sobre Francisca Zubiaga, esposa del general D. Agustín Gamarra, una mujer que supo vestir “el uniforme de coronel de dragones y ponerse a la cabeza del ejército”, y agrega Palma: “La presidenta fue lo que se llama todo un hombre”⁶⁰.

A fines de 1833 se hallaba reunida en Lima la Convención convocada para buscar el sucesor de Gamarra, quien estaba en favor del general don Pedro Bermúdez. Doña Francisca manejaba con tanta destreza la política, que el partido de oposición tenía pocas esperanzas de colocar a su candidato, que era el general D. José Luis de Orbegoso. La Convención estaba conformada por ochenta y cinco diputados, y doña Francisca decía que contaba con cuarenta votos.

“Inútil es decir que el pueblo, como siempre sucede, simpatizaba con la oposición. Las limeñas sobre todo, por antagonismo con la Zubiaga, que era hija del Cuzco, hacían cruda guerra a Bermúdez, y trabajaban en favor de Orbegoso, que era un buen mozo a carta cabal. La moda era ser orbegosista”⁶¹.

El viernes 20 de diciembre de 1833, día de la elección de presidente provisorio de la Convención, a las dos de la tarde cuando los diputados estaban reunidos se asomó doña Francisca por el balcón del palacio cuando pasaban varios pregoneros. Uno de ellos se paro frente al balcón, y mirando a la presidenta le dirigió esta copla:

“Seis veces seis treinta y seis.
Fuera de los nueva nada.
La cuenta queda ajustada.
Gran puerca, ya lo sabéis”

Doña Francisca se retiró indignada del balcón y llamó a su mayordomo. «¡Seis por seis son treinta y seis! Pues que le den tres docenas». Y los criados llevaron al pregonero al patio de palacio y le aplicaron treinta y seis azotes. Poco después supo

⁵⁹ Ibidem, pp. 82-83.

⁶⁰ Ob. Cit., Biblioteca Virtual Universal Las tradiciones de Ricardo Palma
<http://www.cervantesvirtual.com/>

⁶¹ Ibidem.

que Orbegoso acababa de ser proclamado presidente por cuarenta y siete votos. Bermúdez sólo obtuvo treinta y seis votos.

Manuela Sáenz

En La carta de "La Libertadora", Ricardo Palma relata que el presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco dispuso en 1880, que la imprenta del Estado publique en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, que poseía el general Florencio O'Leary. Entre esas cartas, figura una de Manuela Sáenz a su esposo, que hasta la fecha no se conocía:

"Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar á usted por el general Bolívar, es algo: dejar a otro marido, sin las cualidades de usted, sería nada.

«¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, ó sea de la Santísima Trinidad?

»Yo sé muy bien que nada puede unirme á Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada, por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales.

»Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos á casar; pero en la tierra, no.

»¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

»En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá »todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo, la conversación sin gracia, la chanza sin risa, el saludar con reverencia, el caminar despacio, el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero a mi, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

» Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

»Su invariable amiga,

Manuela.⁶²

Condición de la mujer en la familia

En varias tradiciones Ricardo Palma se refiere, bajo distintas historias y circunstancias, a la situación de las mujeres en la familia. En Muerta en vida Laura Venegas se había enamorado de un joven médico español que al no obtener el consentimiento del padre se había marchado a Chile. En vano Laura lloraba ante el padre exclamando que no amaría al hombre que le deparaba por esposo. "-¡Melindres de muchacha! - contestaba el flemático padre-. El amor se cría". Expresión que demuestra, agrega Palma el despotismo en la familia⁶³. Para hijas desobedientes solo

⁶² Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 378.

⁶³ Ibidem, p. 94.

quedaba el convento. Así, Laura ingresó al convento de Santa Clara, y un año después pronunció los solemnes votos.

Pero una tarde llegó al monasterio el nuevo médico nombrado para asistir a las monjas enfermas. Al verlo, Laura cayó desmayada. El nuevo médico era su novio. "Una fiebre nerviosa se apoderó de ella, poniendo en peligro su vida y haciendo precisar la frecuente presencia del médico"⁶⁴. Poco después ambos se escaparon y fijaron residencia en una ciudad de Chile.

También en Altivez de Limeña, solo queda el ingreso al convento ante la autoridad paterna y el desengaño. Entre el conde de San Javier y Casa-Laredo y la cuarta hija del conde de la Dehesa de Velayos existía por los años de 1780 un volcánico amor. Sin embargo, el padre de la joven no veía con buenos el romance. Fue inútil que rodease a su hija de amas y guardianes, y aunque encerrada bajo siete llaves, los amantes lograron comunicarse y verse. A resultado de lo cual Rosa tuvo un hijo de secreto.

Pero el galán no tardó en casarse con la marquesita de Casa-Manrique, y doña Rosa se retiró al claustro de Santa Clara. Un año después murió la marquesita, y el viudo sintió renacer en el alma su antigua pasión por doña Rosa y solicitó una entrevista. El galán le suplicó perdón solicitando y Doña Rosa, que no podía olvidar que era madre, accedió a condición de que el matrimonio se realizase en la portería del convento, sirviendo de madrina la abadesa. El conde rogó, pidió, apeló a todo género de expedientes e influencias, pero no logró nada. El pleito duró años y años, hasta la muerte del conde. Mientras que ella "terminó tranquilamente sus días en los tiempos de Abascal, sin poner pie fuera del monasterio de las clarisas. ¡Vaya una limeñita de carácter!"⁶⁵

La camisa de Margarita. Es una tradición que refleja la sociedad colonial limeña del siglo XVIII, informando sobre el matrimonio, la familia, el parentesco, la patria potestad y la sucesión"⁶⁶. Margarita Pareja, era por lo años de 1765 la hija mas mimada de D. Raimundo Pareja, caballero de Santiago y colector general del Callao.

"La muchacha era una de esas limeñitas que por su belleza cautivan al mismo diablo y lo hacen persignarse y tirar piedras. Lucía un par de ojos negros que eran como dos torpedos cargados con dinamita y que hacían explosión sobre las entretelas del alma de los galanes limeños"⁶⁷.

Llegó de España un arrogante joven llamado D. Luis Alcázar, que cuando conoció a Margarita se enamoró de ella. Entonces, olvidando su pobreza se presento ante el padre de Margarita y pidió la mano de su hija. "A D. Raimundo no le cayó en gracia la petición, y cortésmente despidió al postulante, diciéndole que Margarita era aún muy niña para tornar marido; pues a pesar de sus diez y ocho mayos, todavía jugaba a las muñecas".

⁶⁴ Ibidem, p. 96

⁶⁵ Ibidem, p. 247

⁶⁶ Iván Rodríguez Chávez. El matrimonio y la familia en "La camisa de Margarita", p. 146.

⁶⁷ Ob. Cit. Ricardo Palma. Tradiciones peruanas completas. Madrid, 1968.

Pero la verdad es que D. Raimundo no quería ser suegro de un pobretón; y así se los dijo a sus amigos, uno de los cuales fue con el chisme al tío del joven, desatando su furia. Mientras que Margarita, había dejado de comer, y se mantenía en silencio. Alarmado su padre, se encaminó a la casa de don Honorato, tío del joven, y le dijo que podía casarse con su hija. No puede ser contestó el tío, mi sobrino es un pobretón, y lo que usted debe buscar para su hija es un hombre rico.

Mientras más rogaba D. Raimundo, más se insolentaba el tío, hasta que el joven intervino señalando que se daba por satisfecho con la presencia del padre de Margarita. Entonces el tío puso una condición para el matrimonio, que no se le entregue ningún dinero a Margarita, a D. Raimundo, solo se le permitió regalarle la camisa de novia.

En Un drama íntimo, Palma describe la defensa del honor del padre y de una joven humillados por un libertino. Laurentina, hija de D. Honorio Aparicio, marques de Santa Rosa de los Ángeles, era "un fresco y perfumado ramillete de diez y ocho primaveras"⁶⁸. D. Honorio, tenía dos hijas de monjas, y anhelaba dejar bien casada a su hija menor, y así se lo comentó a sus amigos. Inmediatamente, el conde de Villarroja D. Benicio Suárez Roldán, propuso a su hijo Baldomero, que a partir del día siguiente visitó a la joven, que sucumbió a su encanto, "antes de que el cura de la parroquia la hubiese autorizado para arriar pabellón"⁶⁹.

Poco después el novio dejó de visitar a Laurentina porque se había enamorado de otra mujer. Su padre, que no sospechaba hasta había llegado esa relación, la consolaba señalando que era mejor olvidar a quien no merecía el amor, y poco después, le escribió a Baldomero pidiéndolo explicaciones sobre su conducta, y éste le respondió con crueldad: "Esposa adúltera sería la que ha sido hija liviana. ¡Horror!". Profundamente conmovido el marqués llamó a su hija pidiéndole explicaciones. La desdichada joven cayó de rodillas pidiendo perdón. "El Márquez, llorando estrechó a su hija en sus brazos musitando, -¡Pobre ángel mío!..."

Un mes después, en la misa de doce en Santo Domingo concurrida por lo más selecto de la sociedad limeña, Baldomero estaba parado frente a la puerta lateral de la iglesia cuando se le acercó el marqués de Santa Rosa, y le dijo despacio que se armase porque no quería matarlo sin defensa. Baldomero se rio y le repuso que no solía armarse contra viejos. El marqués volvió a pedirle que saque su arma, y el joven volvió a reír. Entonces el "marqués amartilló un pistolete, hizo fuego, y Baldomero Roldán cayó con el cráneo destrozado". Ante el peligro que afrontaba su padre, Laurentina corrió a su casa y envió la carta de Baldomero al abogado. El virrey, llamó al conde de Villarroja, y le preguntó si esa era la letra de su difunto hijo, y éste tuvo que admitir llorando que efectivamente Baldomero escribió esa carta. La Real Audiencia absolvió al marqués de Santa Rosa.

No se pega a la mujer. Había un zapatero que por cualquier motivo le pegaba a su esposa hasta que un compadre suyo le llamó la atención reclamándole que era indigno pegarle a una débil mujer. Alentada por la defensa, la esposa le pidió que que no la volviera a maltratar. Entonces el capitán catalán continuó la reprimenda:

⁶⁸ Biblioteca Virtual Universal Las tradiciones de Ricardo Palma
<http://www.cervantesvirtual.com/>

⁶⁹ *Ibidem*,

"A la mujer, compadre, nunca se le pega..., nunca..., ¿lo entiende usted? Nunca... más que una sola vez, y eso hasta dejarla en el sitio patitiesa para que no llegue a contar el caso a las vecinas y ande en lenguas el nombre del marido. O se pega en regla o no se pega"⁷⁰.

Conducta opuesta, escribe Ricardo Palma, a la del gran mariscal de Ayacucho Antonio José Sucre, que cuando se presentó una rabona con la cara ensangrentada por la golpiza que le había dado su esposo, lo mandó llamar inmediatamente, al tiempo que decía: "¡Cobarde! ¡Indigno de haber combatido en Pichincha". El sargento repuso que le había pegado porque la sorprendió con un oficial. Sucre se volvió hacia su jefe de Estado Mayor, y le dijo al oído que averigüe el nombre de ese Coronel y le de baja en el ejército. Después le preguntó a la mujer si era cierto y ésta respondió que efectivamente el oficial la había abrazado. Entonces Sucre le prometió ayuda para regresar a su pueblo, y arrestó al sargento por un mes.

Condición jurídica de la mujer

En El divorcio de la condesita (quinta serie), Ricardo Palma concluye que la educación de las niñas era nula y estaba encaminada al matrimonio que era decisión de los padres.

"Las muchachas protestaban, in pecto, contra la tiranía paternal; que, al fin, Dios creó a ellas para ellos y al contrario. Así todas rabiaban por marido; que el apetito se los avivaba con la prohibición de atravesar palabra con los hombres, salvo con los primos, que para nuestros antepasados eran tenidos por seres del género neutro, y que de vez en cuando daban el escándalo de cobrar primicias o hacían otras primadas minúsculas"⁷¹.

Marianita Belzunce tenía trece años por los años de 1755. Huérfana de padre y madre, su tía y tutora doña Margarita de Murga, le presentó a su futuro marido, el conde D. Juan Dávalos y Ribera, "que pasaba de sesenta octubres y que era más feo que una excomunión". Margarita se desesperó, pidió, rogó, pero la tía la casó. Esa noche en el domicilio conyugal, Margarita le dijo al conde:

"-Señor marido, aunque vuesa merced es mi dueño y mi señor, jurado tengo, en Dios y en mi ánima, no ser suya hasta que haya logrado hacerse lugar en mi corazón; que vuesa merced ha de querer compañera y no sierva. Haga méritos por un año, que tiempo es sobrado para que vea yo si es cierto lo que dice mi tía: que el amor se cría".

El conde suplicó, amenazó, pero no pudo cambiar la decisión de Marianita. La víspera de vencerse el plazo la joven desapareció de la casa conyugal, y entró en el convento de Santa Clara. El marido furioso apeló al poder eclesiástico y civil, pero no consiguieron sacarla del convento.

En esta tradición, aparece Marianita como una heroína "que con mucha astucia y valentía logra liberarse de una práctica social, que cosificaba a la mujer, decidiendo por ella el matrimonio sin consentimiento de su voluntad. La heroína despierta la

⁷⁰ Ob. Cit. Ricardo Palma. Cien tradiciones peruanas. Caracas, 1977, p. 319.

⁷¹ Ob. Cit. Ricardo Palma. Tradiciones peruanas completas. Madrid, 1968.

simpatía del lector y Palma crítica y condena a una sociedad que hace de la mujer un objeto y una víctima; y a la vez, por las características presentadas en el texto, denigra el matrimonio en su esencia, destacando solamente su funcionamiento formal⁷².

Bibliografía

ARMACANQUI TIPACTI, Elia. Sor María Manuela de Santa Ana: una teresiana peruana. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1999.

BATTICUORE, Graciela Ada. "La vida en las cartas: Ricardo Palma entre escritoras". Lima: AULA PALMA XV. Revista del Instituto Ricardo Palma, 2016, pp.253-274.

DUMBAR TEMPLE, Ella. "Curso de la literatura femenina a través del período colonial en el Perú". Revista 3, Lima, 1939.

FERNÁNDEZ COZMAN, Camilo. Raúl Porras Barrenechea y la Literatura Peruana Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1969.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura. Don Ricardo Palma!. Del romanticismo al modernismo. París: Librería Paul Ollendorf, 1910.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel. Páginas libres. Lima: Editorial Thesis, S. A., 1966.

GUARDIA, Sara Beatriz. Mujeres peruanas. El otro lado de la historia. Lima: Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina, CEMHAL, 2013, 5ta edición.

LOHMANN VILLENA, Guillermo. Amarilis Indiana. Identificación y Semblanza. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993.

MARIÁTEGUI, José Carlos. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima: Librería Minerva, 2012.

PALMA, Ricardo. Cien tradiciones peruanas. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. Selección, prólogo y cronología: José Miguel Oviedo.

PALMA, Ricardo. Tradiciones peruanas completas. Madrid: Aguilar S. A. 1968. Sexta Edición.

PALMA, Ricardo. Tradiciones peruanas. Madrid: Espasa-Calpe, 1966-1967. 6 vols.

PALMA, Ricardo. Tradiciones Peruanas. Lima. Imprenta Torres Aguirre S.A, 1951.

Biblioteca Virtual Universal Las tradiciones de Ricardo Palma

⁷² Iván Rodríguez Chávez. La condición jurídica de la mujer en la tradición "El divorcio de la condesita" . Universidad Ricardo Palma, AULA PALMA XV. Revista del Instituto Ricardo Palma, 2016, pp. 43-44.

<http://www.cervantesvirtual.com/>

PÉREZ GARAY, Carlos Alberto. Liberalismo criollo. Ricardo Palma, ideología y política (1833-1919). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Ricardo Palma, 2015.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. El sentido tradicional de la literatura peruana. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1969.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. Pequeña antología de Lima. El río, el puente y la alameda. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1965.

RODRÍGUEZ CHÁVEZ, Iván. La condición jurídica de la mujer en la tradición "El divorcio de la condesita". AULA PALMA XV. Revista del Instituto Ricardo Palma, 2016.

RODRÍGUEZ CHÁVEZ, Iván. El matrimonio y la familia en "La camisa de Margarita". AULA PALMA XII, Revista del Instituto Ricardo Palma, 2013.

SALAS GUERRERO, César. "Colaboradores y Corresponsales del Semanario Literario El Álbum (1874-1875)". Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Boletín del Instituto Riva Agüero (BIRA) 35: 2009-2010.

VALERO, Eva M^a. "El imaginario popular en un clásico americano: las tradiciones peruanas de Ricardo Palma". Universidad de Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016.